

Amor y travesía en Pantigoso

Por Jesús Cabel

Cuando nos referimos al término "utopía", generalmente lo consideramos como el plan perfectamente determinado y por lo tanto nos adelantamos a considerarlo sinónimo de irrealizable, inalcanzable, etc. Su origen bien sabemos que procede de la obra de Tomás Moro, "Utopía", en la que se describe la república de la imaginaria isla Utopía. Obras de este corte, podrían ser "La República" de Platón, "Voyage en Icarie" de Cabet, "New from Nowhere" de W. Morris, "La Ciudad del Sol" de Campanella, "Erewhon" de Samuel Butler y todas las que preconizan un sistema ideológico colectivo, idealista y puramente teórico. Sin embargo no es ésta la dirección exacta que pretende darle a nivel poético, Manuel Pantigoso, cuando hace referencia de "utopía". Para él, ha significado el "impulso para la acción, a la que nos entregamos partiendo de un compromiso con nosotros mismos y con la tierra que pisamos..."

Sus dos obras: "Salamandra de Hojalata" (1977) y "Sydal" (1978) ejemplifican plenamente los postulados del autor, ya que en cada verso, late el gozo y la celebración del descubrimiento, la búsqueda -a veces vehemente- de un lugar firme que sería la realidad, poblada de símbolos que crean una atmósfera de hermetismo y frío cerebral. Pero la poesía en Pantigoso es un oficio lleno de sorpresas, unas con paciente artesanado y otras adquiridas en el mismo calor de la escritura. Principalmente en "Sydal", el lenguaje adquiere una cadencia clásica y a la vez contemporánea. Doble alcance, logrado por una técnica depurada, minuciosa y brillante. Todo para presentarnos la tremenda explosión interna que el poeta ha acumulado desde toda la vida, es decir desde que empezó a escribir sendos libros, ya que no nos equivocamos si afirmamos la simultaneidad que ha primado para elaborarlos.

Se ha dicho y felizmente bien, que "Salamandra de Hojalata" es el viaje imposible hacia la luz. En este caso, "luz" es la apertura a lo nuevo, su transparencia compromete al futuro que anhelamos luminoso, de fecundidad, de cosecha. La inclusión del código morse paralelo al lenguaje cotidiano guarda un mensaje que es una problemática mayor: la incomunicabilidad existente en todos los niveles. Lo pristino es en el fondo, la desesperación por dejarse entender toda vez que se presentan alternativas posibles. En este caso "salamandra" es un hermoso símbolo de aquello capaz de aprehender la eternidad y que bien puede a la vez, ser efímero. Esa dualidad, que es una lucha dialéctica, es la que plantea el desarrollo poético. Esa es otra de las virtudes que el poeta domina y la expone con la misma pasión que se siente por cada viaje hacia una aventura irreversible. Se ignoran los resultados,

pero se desafía el presente que es también misterioso por sus encantos y reveses.

Si nos guiamos de la sugerencia del autor, "Sydal es, en definitiva, lo que el lector quiere que sea. Para mí es una búsqueda constante de la utopía del amor". Efectivamente, lejos está el autor de erigir un amor idealizado, sostenido por el aliento místico de la realización plena. Pantigoso hace vivo el recuerdo, que en este caso, es una vivencia multiforme con la capacidad de captar diferentes formas y tipos de experiencias amorosas. No es que insinuemos una pluralidad de hechos concretos, por ejemplo: "yo te ofrezco morir como tú quieres/ de alegría humedecido en tu regazo" (p. 10); "dar tu voz a la noche fría y alejarte/ desnuda de sombra de agua permeable a tus cabellos" (p. 48) o "mi lengua erecta/ y tu cuerpo tremolado" (p. 55), sino que el autor ha decantado al máximo su propio y desvelado gozo erótico. Lo que se traduce en una ganancia arquitectura. Así son sus cuatro partes, diferenciadas más por el contenido que por la composición. Sobresalen también las ilustraciones de Julio José Pantigoso y el esmero editorial de Carlos Zúñiga Segura.